REVOLUCION O CONVERSION (*)

POR

GUSTAVE THIBON.

Es bien conocido el texto célebre de Péguy sobre la degradación de la mística en política. Creo que la primera degradación, la que está en el origen de todas estas caídas de ideales de que nuestro siglo es escenario, se encuentra en el hecho de que las energías religiosas del hombre moderno se despliegan, no ya al nivel de las relaciones interiores con la divinidad, sino en el terreno de la lucha política. La revolución ocupa el puesto de la revelación: el hombre nuevo surgirá, como Venus del océano furioso, del hacer y deshacer de las estructuras sociales; el cielo descenderá sobre la tierra, el porvenir alcanzará las promesas que nuestros mayores, "alienados" y ciegos, situaban en la eternidad.

* * *

Insisto en este punto: se trata de una mística política *revolucionaria*. Existía entre los antiguos una religión —e incluso una

(*) Dada su gran actualidad e importancia hemos considerado de mucho interés para nuestros lectores la publicación en castellano del trabajo aparecido en el número 141 de *Itineraires*, correspondiente a marzo de este año, de nuestro amigo Gustave Thibon. No es preciso hacer su presentación, dada su personalidad, de todos conocida; pero sí queremos recordar que en castllano tiene traducidos sus libros *Diagnósticos de fisiología social* (Ed. Nacional), *El pan de cada día* y *El amor humano* (Col. Patmos). VERBO le ha publicado hasta la fecha: números 42-43, págs. 165 y siguientes: "La información contra la cultura"; núm. 60, págs. 727 y siguientes: "Realidad social y espejismo colectivista"; núm. 64, págs. 261 y siguientes: "Prólogo al libro de Rafael Gambra *El silencio de Dios*", y números 81-82, pág. 43 y sigs.: "Los valores permanentes de la cultura".

idolatría— de la Ciudad temporal. Pero era una mística *conservadora.* No propugnaba la construcción de una sociedad ideal: ayudaba más bien a los ciudadanos a soportar las imperfecciones de la sociedad existente y condenaba como atentado a los dioses todo intento de subversión del orden establecido. La situación se ha invertido por completo: hoy los políticos conservadores —y es ésta su mayor debilidad— no se apoyan en ninguna mística: a lo sumo ofrecen en su lugar los mitos inconsistentes del consumo, de la seguridad, del bienestar, y de una libertad expresada en facilidades y en dispersión.

En cuanto a la degeneración de esta pseudo-mística revolucionaria en política (en el sentido peyorativo que Péguy otorga a esta palabra) no es ni un accidente ni una traición, sino la consecuencia inevitable de un proceso establecido por la revolución. Primer tiempo: la subversión responde al sueño imposible de una sociedad perfecta, y es de esta mística de donde toma la fuerza de trastocar la sociedad existente. Segundo tiempo: consumada esta dislocación (es la fase más sencilla, puesto que nuestro poder de destrucción es prácticamente ilimitado), la mística en ebullición deriva en política fría, ante todo por su voluntad de poder (que se manifiesta primero bajo forma de rebelión para el logro del poder, más tarde bajo la de tiranía en el ejercicio de ese mismo poder); después por verse constreñida por las duras necesidades y las opciones crueles que impone la administración de la sociedad real. El enamorado se embriaga con las promesas que brotan de la mirada de Beatriz; el marido se acomoda mal que bien a los humores de Xantipa.

Esto se llama vulgarmente "echar agua al vino". El agua de la obligatoriedad y del conformismo en el vino de la libertad y de la "contestación". El agua de la necesidad en el vino del sueño. Basta poco tiempo para que la mezcla se parezca a ese agua rojiza que se da a los niños. ¿Y acaso están los pueblos suficientemente maduros para merecer otra cosa? Al fin de cuentas se prescinde incluso del vino: cualquier colorante químico basta, a condición de dar a las multitudes la ilusión de que la revolución continúa, que

el primitivo ideal no ha sido traicionado. Después de la mística, y para salvar su apariencia, la mistificación...

¿Queréis medir la distancia entre el punto de partida y el término? Releed las páginas de Lenin sobre la desaparición del Estado, consecuencia necesaria de la revolución socialista, y recordad lo pasado en Checoeslovaquia cuando la entrada de los carros soviéticos se disfrazaba con el pretexto de salvar al socialismo.

Reconozcámoslo: a pesar de las grietas que comienzan a presentarse en ciertos países del Este, la mistificación idealista funciona todavía bastante bien. Tan bien como el Estado totalitario, del que es el más sólido fundamento. De hecho, ¿qué ha aportado el socialismo (me refiero al socialismo-religión y no al socialismo económico tipo Suecia) a los hombres en los países donde ha triunfado? ¿Mayor bienestar material? El nivel de vida de las masas es en ellos inferior al de los países capitalistas. ¿Mayor libertad y dignidad humanas? Ved qué queda de ello entre Praga y Pekín...

* * *

El mito revolucionario —siempre afirmado en teoría y negado en la práctica— no sufre, sin embargo, demasiado con estas refutaciones de la experiencia. ¿Por qué? Precisamente porque es un mito religioso: porque reposa sobre una fe y propone un absoluto. El nivel de vida, la libertad, la dignidad no pesan ante esta pretensión sin límites. Oía yo recientemente las protestas de M. Guy Mollet contra la intervención rusa en Checoeslovaquia. No hay —afirmaba— verdadero socialismo sin libertad. ¡Entendámonos! M. Guy Mollet es un político a la vez —sin duda— que un idealista; pero no es un hombre de fe. Los verdaderos creyentes, en su inmensa mayoría, son exclusivistas, intolerantes, fanáticos; no se ocupan de la libertad de los incrédulos; se creen con el derecho y el deber de salvar a los hombres contra su mismo voluntad. Los Credos no admiten discusión...

Un solo ejemplo: el de la libertad de opinión. Existen, en un buen número de países llamados capitalistas, partidos comunistas cuya existencia y derecho a la propaganda y reclutamiento están

oficialmente reconocidos. ¿Concebiríamos la más modesta posibilidad de implantar un partido capitalista —incluso un partido socialista disidente— en cualquier país del Este? Sería inconcebible: sería reconocer al error los mismos derechos que a la verdad, según la bella expresión por la cual la Iglesia Católica condenaba antaño al liberalismo. Hoy las Iglesias se han hecho liberales —en proporción de la fe y la disciplina que han perdido—. El Pastor Boegner, hablando recientemente en una alta cátedra del protestantismo (en un lugar donde se venera el recuerdo de las víctimas del Edicto de Nantes), decía en resumen (cito de memoria) que lo esencial no estaba en ser católico o protestante, sino el vivir a fondo la fe cristiana. Una pregunta surge, sin embargo, en seguida: ¿cuántos católicos y protestantes serían hoy capaces de morir por esta fe cristiana? ¿Y qué queda de su Dios, así "desmitificado" y "despolitizado"?

* * *

Es preciso reconocerlo: una cierta forma de libertad —de esta libertad con la que el hombre occidental no sabe literalmente qué hacer porque no está sostenida por un cuadro de valores ni orientoda hacia un fin— es una planta frágil que no crece más que en el terreno deslizante de la decadencia y del escepticismo.

A pesar de sus recaídas en nacionalismo y en aburguesamiento, la fe revolucionaria ha sustituido en las mentes a la fe religiosa. Ofrece a los hombres un *ersatz* de la trascendencia y del misterio —esos alimentos divinos que las religiones reveladas están transformando progresivamente en chicle humanitario. La mística revolucionaria no es humanitaria: el fin de la revolución no está ni en las reformas sociales, ni en el bienestar, ni en la libertad: está —como el fin de Dios está en Dios— en la propia revolución. Oigamos a Stalin: "Para el reformista, la reforma es todo. Para el revolucionario, a la inversa, lo esencial es el trabajo revolucionario y no la reforma. Para él, la reforma no es sino el produto accesorio de la revolución..." Y a Liu Tchao Tchi: "El objetivo de la reforma agraria no estriba en repartir tierras a los cam-

pesinos pobres ni en aliviar su miseria: es ése un ideal de filántropos, no de marxistas. El reparto de tierras y bienes puede aprovechar a los campesinos, pero no es éste el objetivo perseguido. El objetivo... es la liberación de las fuerzas revolucionarias del país..."

¿Para qué fin? Esto no se dice: toda mística se envuelve de una ignorancia sagrada. Los caminos de la revolución son impenetrables como lo eran en otro tiempo los caminos de Dios. Y su fin se pierde en las tinieblas de un absoluto ante el cual el hombre y su felicidad no cuentan para nada. En otras palabras: no está la revolución al servicio del hombre, sino el hombre al servicio de la revolución. Y la revolución no puede ser permanente más que en la medida en que su objetivo se mantenga indeterminado e inaccesible. "Nosotros no sabemos adónde marchamos, pero marchamos ciertamente" —esta frase de un jefe socialista de otro tiempo se ha citado como ejemplo de comicidad electoral—. Pero otro místico muy poco filántropo, Napoleón —"esta síntesis de lo inhumano y de lo sobrehumano", según Nietzsche— no decía cosa distinta: "Nunca se va tan lejos como cuando no se sabe adónde se va." Y los estudiantes de Mayo que se negaban tercamente a definir el objeto de sus reivindicaciones nadaban en la misma "niebla del desconocimiento". Al prescindir de la gracia y de la salvación, estamos en plena teología negativa. La trascendencia divina permanece, con la sola diferencia de que ha caído del cielo a la tierra, que ha descendido de lo eterno para incorporarse al porvenir. El absoluto, rechazado en su origen e irrealizable en el tiempo, no tiene otro refugio: la Ciudad futura, por definición, no será jamás la Ciudad presente.

El desprecio y la destrucción del hombre son la consecuencia normal de este mesianismo temporal. Se ha divinizado el porvenir: los griegos nos precedieron forjando el mito de Cronos, pero nos advirtieron que es un Dios que devora a sus hijos.

* * *

¿Dónde está entonces el camino de salvación para aquel que de-

sea permanecer fiel a la sabiduría humana y a la esperanza cristiana, a las leyes de Dios creador y a la llamada de Dios salvador?

Por nuestra parte, nos oponemos igualmente al materialismo de la sociedad de consumo y a la falsa mística de la revolución. Porque el primero nos proporciona bienes tangibles, pero bienes cuya posesión lleva en seguida a la saciedad y al hastío; y la segunda nos propone un ideal irrealizable y destructor. De un lado, promesas que mueren en cuanto se realizan; del otro, el espejismo de lo imposible.

Contemplando lo que los conservadores desean salvar (el bienestar, el *confort,* la tranquilidad exterior para que nada perturbe la licuefacción interior, el cultivo intensivo de falsas necesidades agotando el terreno de las verdaderas; en resumen, la fiebre del *tener* injertada sobre la anemia del *ser,* y esta apariencia de libertad que da a la veleta el impulso de los mil vientos que la agitan); contemplando todo esto, se siente uno revolucionario.

Pero si se piensa en lo que la revolución puede destruir (todos los tesoros del pasado, los jalones de lo eterno en el tiempo mezclados con los falsos valores del presente y arrojados indiscriminadamente a la basura —liquidación simultánea de lo mejor y de lo peor, como, por ejemplo, en la revolución china—), entonces vuelve uno a sentirse conservador.

Estos dos callejones sin salida nos devuelven sin remedio al camino superior que domina "la perfección de los contrarios".

Un prelado inteligente y piadoso —y valeroso además (me abstengo de nombrarlo por no señalarlo a la atención pública, a la que irritan las excepciones)— me decía recientemente que la Iglesia Católica no podrá permanecer fiel a su vocación divina más que aceptando el riesgo de hacerse minoritaria. Es decir, reagrupando en torno a ella la minoría de aquellos que se resisten a rebuznar con los burros y a aullar con los lobos. Los asnos ingieren los pastos abundantes, pero saturados de engordantes químicos, de la sociedad de consumo; y los lobos corren tras el carro de la revolución, formado por sus sueños, y que posee para ellos la prioridad irreductible del sueño sobre lo real. Rebuzno y aullido faltos, por lo demás, de espontaneidad tanto uno como otro: son

ecos —o más bien voces de muñecos parlantes cuyo mecanismo hacen funcionar los técnicos de la opinión.

¿De qué se trata, en fin? Ante todo, para cada uno de nosotros, de salvar su alma. De edificar en sí un campo limitado donde el hombre esté solo ante Dios, o Dios esté solo con el hombre. Lo que implica —al menos en este bastión interior— la ruptura con el mundo, a imitación de Cristo, que se proclamó extraño al mundo: "Yo no soy del mundo." Pero ¿no dijo también "Yo he vencido al mundo"? Estas dos afirmaciones no se contradicen, porque la segunda debe interpretarse no en el sentido de una batalla librada con armas iguales y sobre el mismo plano, sino en el de una mutación interior que nos hace insensibles a las influencias del mundo e invulnerables a sus ataques. *Liquefacta est anima mea.* Haceos líquido, y el mundo, cuya dominación se apoya en la espada o en instrumentos de dominio más sutiles como la opinión, la moda: la "mueca" de Pascal, nada podrá contra vosotros ni sobre vosotros: asestará —como se dice— "golpes de espada en el agua".

* * *

¿Es preciso, pues, huir para salvarse? Hasta aquí los contemplativos y los místicos no habrían tenido escrúpulo de contestar afirmativamente: ellos mismos renunciaban al mundo para salvar su alma. Hoy, cuando los ídolos del siglo alcanzan un grado de irrealidad cercana a la nada, cuando el pecado mismo —esa planta basta y espinosa que brotaba antes espontáneamente en el campo corrumpido de los apetitos naturales— se cultiva como champiñón bajo las bóvedas oscuras de un inconsciente teledirigido, se nos predica exactamente lo contrario: esto es, la apertura al mundo, el compromiso con lo temporal. Y evitar el contagio del mundo aparece como un reflejo de abandono, de deserción. "La Iglesia en marcha en un Mundo que marcha." ¡Si bastase con marchar! La palabra significa ir hacia adelante. Pero quiere también decir (en francés) dejarse engañar...

El cristiano, sin embargo, vive en el mundo. En un mundo

hecho por Dios —y que el hombre rehace por su genio y dehace por su pecado—. Su aislamiento sólo puede ser relativo. Incluso el monje contemplativo tiene necesidad de un mínimo de convivencia social para que nazca y se desarrolle su vocación. Los autores místicos han comparado la vida terrena con un lugar de exilio, con un camino o "una noche que pasar en un mal refugio" (Santa Teresa). Es preciso, con todo, que el exilio sea habitable, el camino practicable y que el refugio no sea un antro de asesinos y de enveneradores.

Por eso se impone un segundo deber: acondicionar la Ciudad terrena en función del destino eterno del hombre; ofrecer a la semilla divina un terreno de costumbres y de instituciones donde pueda germinar. Tarea difícil e incierta que requiere tanta firmeza en los fines como flexibilidad en la elección de medios, y de la que no deben ignorarse ni la ambigüedad ni los riesgos. Esta tarea puede exigir concesiones a los poderes y a los ídolos del siglo. Concesiones que no deben convertirse en bendiciones. Es difícil componer con el mundo sin dejarse decomponer por el mundo.

Es preciso, ante todo, reconstruir los embriones de la sociedad en cuyo seno puedan los individuos anudar relaciones libres y fraternales. Lo que implica, en la cumbre, un ideal común, y en la base, un retorno a la naturaleza, a las necesidades elementales, una negativa a las facilidades, a las falsas apariencias y a todos los sueños de evasión que pueblan el soñar de los prisioneros; en una palabra: una ascesis orientada por una mística: la estrecha senda que desemboca en el país sin fronteras.

Desconcentrar, descolectivizar —iba a decir *desmineralizar*, porque vivimos bajo el signo y bajo el reino de la mecánica— lo que nos queda de civilización. Las reformas no bastan ya, un rehacer se impone. "Antes de hablar de justicia social, rehaced una sociedad", exclamaba Bernanos. Porque la sociedad actual destila la injusticia, como la úlcera la purulencia. Y, lo mismo si es conservadora como si es revolucionaria, la sociedad de consumo vive y prospera sobre los reflejos anónimos del hombre-masa, y la revolución misma se presenta bajo la bandera de la voluntad y la rebelión de las masas. De estas masas, nosotros no sola-

mente recusamos el testimonio ("el gusto de la multitud es el síntoma de lo peor", decía Séneca), sino que nuestro designio sería disolverlas; es decir, rehacer organismos allí donde la civilización mecánica no ha sabido construír más que un inmenso ámbito de elementos gregarios.

Desde este punto de vista, la lucha entre conservadores y revolucionarios aparece como un sórdido arreglo de cuentas entre dos formas de sociedad igualmente inhumanas.

Somos deliberadamente conservadores en el sentido de querer salvar lo que hay de inmutable en el hombre: su naturaleza creada y la elección sobrenatural por la que participa en la sociedad del Ser increado. El mundo undimensional descrito por Marcuse —esta prisión interior donde el *ser* se ve devorado por el *tener* y el alma alienada en provecho de las cosas— es un mundo donde el hombre, cada vez más alejado de su naturaleza y de sus límites, y sordo a los llamamientos del Infinito, no encuentra otro alimento que sus obras y sus sueños. "¿En qué medida un mundo hecho *por* el hombre puede ser un mundo hecho *para* el hombre?" —esta cuestión, que me propuso un estudiante, resume la crisis de nuestra época. Este mundo hecho por el hombre prolonga al hombre sin completarlo y, por ello mismo, confirma su aislamiento de la naturaleza, en la que no ve más que un instrumento de su poderío usurpado y adulterado, y ante Dios, al que suplanta en vez de adorarle.

Y somos revolucionarios en el sentido de que, lejos de confundir la fidelidad a lo inmutable con el respeto incondicional al *statu quo* temporal, concebimos la revolución como un movimiento incesante de retorno hacia las fuentes inagotables cuyas aguas desdeña hoy nuestra sed, desnaturalizada por brevajes ficticios. La palabra revolución —o, más bien, conversión permanente— está aquí en su lugar. El hombre nuevo —en el sentido paulino de la palabra— no acaba nunca de nacer en el viejo Adán...

Y es esto —sólo esto en el fondo—, lo que espera el mundo moderno: ser salvado de sí mismo. Uno tras otro, ve marchitarse y hundirse sus ídolos. Los mitos de la sociedad de consumo han revelado su vacío interior: se ha visto que ésta no aporta más

que bienes cuya falta crea la rebelión y cuya abundancia crea el hastío. Hemos visto también que la Ilusión revolucionaria es más persistente a causa de su proyección en el porvenir. Pero ya se deja ver, en los países donde la revolución ha triunfado y puede juzgarse al árbol por sus frutos, un malestar nacido del sentimiento de que la nueva religión ha engañado a sus creyentes y traicionado a sus dioses. Todas las obras más representativas de nuestro tiempo están impregnadas de una angustia o de un hastío, de una necesidad moral de otra cosa que expresan la presencia de esta esperanza confusa y desviada. Se siente que la Torre de Babel nos aleja de la tierra sin acercarnos al cielo.

* * *

Y añado que es penoso comprobar cómo tantos cristianos eligen la hora en que este orgulloso mundo moderno se da cuenta de su propio fracaso para bautizar sus ídolos arruinados y hacer de su Dios el "motor" de su progreso y de sus revoluciones. Hay en esto no sólo una traición imperdonable a lo eterno y trascendente, sino —castigo merecido por estos devotos del tiempo y de la moda— una falta trágica de oportunidad. Estos hombres, tan atentos a los signos de los tiempos y que confunden cualquier "nova" con la estrella polar, se dejan guiar por un astro ya en vías de extinción.

Pero ¿cómo abrir los hombres a esta dimensión divina que, confiriéndoles el infinito, les cura de la desmesura? He oído muchas veces que las fórmulas de la apologética clásica no responden ya a los gustos de esta época. ¿Será necesario inventar otras más adaptadas a la sensibilidad actual y que sean como modulaciones del "último grito" de la moda? La moda pasa tan deprisa que se corre en vano tras de ella. Es altura lo que hay que tomar y no velocidad; no es siguiendo servilmente a lo que pasa, sino elevándose a lo que permanece, como se responde real y profundamente a las necesidades del hombre moderno, en el que, bajo los oropeles efímeros de la actualidad, permanecen las necesidades

del hombre eterno. "El sabio, decía Nietszche, no debe hacer coro con su época; no debe siquiera saber cómo se hace coro."

Un hombre que me quiere bien, alarmado por mi gusto de la soledad, me reprochó el no ser cristiano "en situación". Yo le respondí que quizá no sea casual el que digamos del hombre más lúcido y, al fin de cuentas, del más eficaz, que sabe *dominar la situación*. Siempre la necesidad de altura...

Es reforzando las piedras y no pintando de nuevo los muros cómo se restaura un edificio ruinoso. Al igual, es el hombre eterno lo que hay que reencontrar y remover en el hombre moderno. Poco importan las fórmulas —y son las más sencillas las mejores entendidas— con tal de que se alcance lo vivo de su herida y de su soledad, la articulación de la esperanza y de lo imposible. La palabra Dios —esta palabra que no dice ya nada porque lo dice todo— es como esos signos estenográficos polivalentes que se aclaran por contexto, y el contexto es aquí la experiencia de la miseria humana. A este hombre moderno, antes de hablarle de Dios, hay que hacerle comprender el vacío y la mentira de todo aquello con que se quiere sustituirlo. Descubrirle, según la expresión de Santa Teresa, que su anhelo no tiene curación. Ese anhelo es más verdadero en sí que todos los objetos en los que hace presa. Basta que lo reconozca como tal para que le lleve a Dios. El diagnóstico indica el remedio. Revelar la sed es mostrar el manantial.

(Traducción: R. GAMBRA.)